



NUM. 8

TOLEDO

ENERO, 1986

Edita: Tertulia Calandrajás — Plaza de Buzones, 2

A TOLEDO

1935

*A Casilda y Pepe,
Condes de Mayalde.*

Por el rumor del agua cortejada,
que el sitio en rudo lecho te renueva,
en polvo y torre tu pasión te lleva,
yerma y gentil, hacia la gloria usada.

Isla de sed y piedra calcinada
que espacio militar arma y eleva
y, esperando la sangre que te mueva,
águila en el cincel encadenada.

Laberinto de razas junta el brío,
tras los arcos y puentes y murallas,
al cenit del colmado señorío.

¡Oh, torre del Imperio, que desmayas,
árida de esperanza junto al río,
que aún arrastra la voz de las batallas.

(Dionisio Ridruejo, *Sonetos a la piedra*. Madrid, 1943, p. 35)

LAS HADAS (I)

En 1963 fallecía Margaret A. Murray, que fue afamada antropólogo, profesora adjunta de Egiptología en el University College de Londres y presidenta de la Folklore Society. Aproximadamente unos cuarenta años antes, había visto la luz una extraordinaria obra suya, titulada *El culto de la brujería en Europa Occidental*, que causó un tremendo impacto y una viva polémica en las mentes humanistas de su tiempo. En un apéndice de esta obra se exponen las curiosas hipótesis que siguen: "La raza de gnomos que habitó Europa en una época, no ha dejado demasiados rastros concretos, pero sobrevive a través de innumerables historias de hadas y duendes. No se sabe nada, sin embargo, de los cultos y creencias religiosas de estos pueblos antiguos, excepto el hecho de que cada siete años hacían a su dios un sacrificio humano. . . Los estudiosos de esta ciencia han sabido siempre que había una conexión real entre brujas y hadas. Lo que yo sugiero es que el culto de las hadas o raza primitiva sobrevivió hasta hace apenas trescientos años, y que las personas que lo practicaban eran llamadas brujas. Ya he señalado que muchas de las prácticas y creencias relacionadas con las brujas coinciden con las de una raza de gnomos. . . El Diablo y las brujas entraban libremente en los dominios de los duendes. Se habla a menudo del Diablo como de un duende, y éste se asocia con la reina de los Elfos Uncidos, o reina del País de las Hadas. . . Existe una relación íntima entre hadas y brujas, así como la creencia de las brujas en la superioridad de las hadas en lo que se refiere a poderes mágicos y curativos".

Lo que Murray trata de exponer, no es más que su creencia de que el culto de la brujería era una supervivencia de una religión precristiana de Europa Occidental, un culto de la fertilidad, que ella llamó diánico y que pudo desarrollarse antes en Egipto. La pretendida raza de gnomos no sería sino una antigua cultura de seres diminutos o enanos, que antiguamente habitó el norte y oeste de Europa, y que paulatinamente fueron desplazados y exterminados por otras razas de conquistadores de mayor estatura. Y que los cuentos de hadas y elfos conservarían la tradición de aquellos antiguos pueblos. Interesantes hipótesis que analizaremos al final de este artículo, haciendo ahora un análisis preliminar del mundo de las hadas.

La primera pregunta es: ¿qué son las hadas? El diccionario esotérico de Zaniah, el de demonología de Koning, el enciclopédico de Sopena, el ideológico de Casares, y un largo etcétera, tienen exactamente la misma definición: "Ser fantástico que se representa bajo la forma de mujer y a la cual se atribuía poder mágico y adivinatorio". Pero la realidad en torno a las hadas está lejos de ser tan simple. Si bien es cierto, que la forma más corriente de representación es la de una bella mujer, en ocasiones alada, variando su tamaño, poderes y características, según las épocas, regiones y autores. Igualmente que las ninfas, sus homólogas griegas, habitan en numerosos lugares, grutas, bosques, ríos, fuentes y montañas. Del mismo modo, sus tipos étnicos son muy diferentes, y según la tradición esotérica las hadas varían de color conforme al medio ambiente y al país en que se desenvuelven. Según la clasificación que da Quiñones Vesperinas, en Italia, las hadas son de color anaranjado y púrpura o de escarlata y oro. En Francia, de color verde y gris. En Escocia, doradas y castañas. Las de color verde esmeralda pueden encontrarse en Inglaterra, Francia y Bélgica. También son verdes las de Estados Unidos, existiendo otras variedades, blanca y negra, y blanca y oro en California. Existen otras muchas, como la azul celeste de Australia, la añil y la amarilla de Java. Las de Africa, de color negro y oro o de carmesí metálico. Añade el autor antes citado, que en la proximidad de los volcanes existe una peculiar variedad de color bronce fundido, muy primitiva y próxima al nivel de los gnomos.

Las hadas poseen una serie de virtudes mágicas muy interesantes. Tienen ante todo, el don de la invisibilidad, cubriéndose con un manto o sombrero mágico. Para algunos autores esta propiedad es inherente a la naturaleza sutil de su cuerpo, que no es susceptible de daño corporal físico y al que no afectan las variaciones climáticas. Tienen el poder de adoptar diversas formas o figuras, en especial de animales, y pueden transmitir este don a los seres humanos. Si es su deseo pueden esconderse fácilmente dentro de la semilla de un helecho, ya que pueden aumentar o disminuir de tamaño a voluntad. De ahí, las diferentes versiones que existen del tamaño de las hadas, que puede oscilar desde varios centímetros a la estatura de un ser humano. Son poseedoras de un polvo blanco, que algunas veces han entregado a los hombres y que tiene la virtud de curar todo tipo de enfermeda-

des. También tienen propiedades mánticas, por lo que es frecuente verlas en el nacimiento de un niño, al que auguran su porvenir y en ciertos casos le ofrecen protección. Hay quien dice, que la ciencia de la adivinación les fue enseñada por el Señor de las Hadas, el mago Merlín.

Algunas hadas gozan del privilegio de la inmortalidad, aunque la mayor parte de ellas sólo disfruta de una larga vida. Sus ocupaciones son múltiples y variadas. Tradicionalmente son hilanderas y lavanderas, algunas sin embargo prefieren ocupar su tiempo peinando su cabello a la entrada de una gruta. Otras tienen una actividad menos relajada, la de bailar alrededor de las encinas y hechizar con su belleza a los mortales. Las hay que se dedican a la fabricación del llamado Pan de las Hadas (tortas de trigo negro), alimento mágico que ha hecho la felicidad de los que han podido hacerse con él. Construyen fabulosos palacios de un cierto tipo de cristal etérico, en lo más profundo de los bosques, o en el interior de la tierra, en lugares no accesibles al hombre.

Una ocupación más rara consiste en raptar niños o personas, y sustituirlas por pequeños elfos o determinadas hadas. Se dice que con esto pretenden mejorar su especie, utilizando la leche de las madres humanas para sus propios vástagos. Veamos alguna de las abundantes leyendas que existen sobre este tema: "Un cuento procedente de Badenoch se refiere a un hombre que descubrió el fraude al ver a su mujer, que era de carácter sosegado, súbitamente metamorfoseada en una arpía. Entonces preparó una gran hoguera y amenazó con arrojar a ella a la ocupante del lecho, a menos que ésta le dijese qué había sido de su verdadera mujer. Ella confesó entonces que se la habían llevado, y que a ella la habían nombrado su sucesora. Pero gracias a su determinación, el marido consigue encontrar a su mujer en una loma, cerca de Inverness, frecuentada por las hadas". Es necesario aclarar que otra de las virtudes de las hadas es aparentar perfectamente que son seres humanos.

Aunque las hadas se encuentran distribuidas por todo el mundo, existe la creencia de que hay un lugar maravilloso conocido como el País de las Hadas, cuya localización exacta nos es desconocida, y en donde moran las más bellas e inteligentes criaturas encantadas. He aquí una de sus leyendas: "En Nithsdale, un hada recompensa la bondad de una joven madre, a



DIBUJO: JOSE MARQUEZ



quien entregó su hijo para que lo amamantase, llevándosela consigo para que visitase el País de las Hadas. Se abrió una puerta en una verde ladera, descubriendo un pórtico bajo el que pasaron la nodriza y su guía. Una vez dentro, la señora echó tres gotas de un precioso rocío en el párpado izquierdo de la nodriza, y ambas fueron admitidas a un hermoso país por el que discurrían serpenteantes riachuelos entre trigales amarillentos y donde los árboles estaban cargados de frutos que rezumaban miel. Ofrecieron a la nodriza varios dones mágicos, y cuando hubieron bautizado con un rocío verde su ojo derecho, pudo contemplar nuevas maravillas. A su regreso, el hada pasó la mano sobre los ojos de la mujer, devolviéndole sus facultades naturales".

Fernando Ruiz de la Puerta



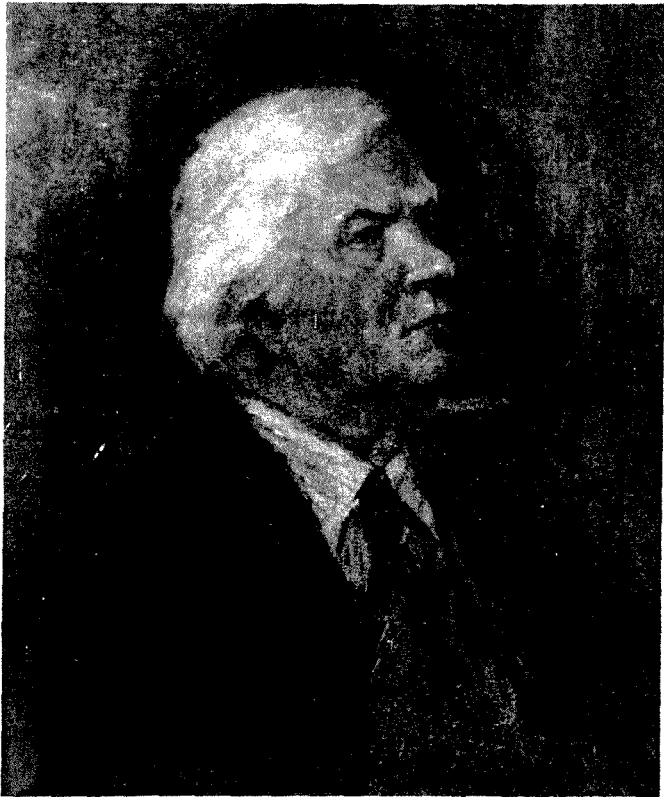
Xilografía de Guerrero Malagón.

MARIAN KRATOCHWIL

Tenemos la oportunidad de contemplar ahora en el Museo de Santa Cruz de Toledo la obra al óleo y las aguadas del pintor polaco Marian Kratochwil. La donación de estas obras producida recientemente, constituye la colección que oficialmente quedó inaugurada en el mes de mayo del año pasado, coincidiendo con la celebración del día de los Museos.

Para los que en aquella ocasión asistieron al acto en Toledo, ya es de sobra conocida la colección; y para los que no lo hicieron, es conveniente saber que se compone de paisajes de la ciudad y de sus alrededores, al óleo, algunos escasos ejemplos de paisaje andaluz, algunas obras de figuras o tipos y una muy buena colección de aguadas.

Kratochwil nació en Kosów, al este de Polonia, y se formó en el terreno artístico como auto-



M. Kratochwil, por Kathaleen Browne.

didacta; sufrió mucho a consecuencia de la segunda guerra mundial, especialmente por los acontecimientos que siempre agitaron a Polonia. Después de muchos avatares a través de varios países europeos, se estableció en Londres a partir de 1947. Sus viajes a España se sitúan en torno a 1956. De esta fecha es la obra al óleo y a la aguada que constituye la colección de Santa Cruz.

Este ciclo español en la obra de Kratochwil, —y en especial la obra referida a Toledo—, refleja la honda impresión que produjo en el artista la rica gama de colores que la última luz de la tarde producía en las piedras, en las rocas y en los cerros de los alrededores. Indudablemente, para el artista, tuvo que haber un choque: no olvidemos que su retina estaba acostumbrada a otras gamas y a otras luces, y que, de repente, se ve desbordada e inundada por un cromatismo violento. Y es esto, precisamente, lo que en muchas ocasiones se ve reflejado en su obra española.

Toledo viene así a sumarse a las ciudades en cuyos museos figuran obras de este autor: así Cracovia, Varsovia, Chicago, Londres. . .

La contemplación de la obra al óleo de Marian

Kratochwil deja traslucir una constante búsqueda de lenguajes diferentes, aun dentro de la unidad que supone la colección de Santa Cruz. De lo que no cabe duda es de que España significó para el artista polaco la vuelta al ímpetu y a la fuerza del color, una explosión en su paleta a la que, sin duda, ayudaron las fuertes tonalidades del paisaje español: no olvidemos que además de Toledo, Kratochwil viajó y pintó también por Andalucía. Prevalece el color sobre la línea en esa afanosa búsqueda para captar la nueva luz que percibía su retina.

En las obras que componen la donación realizada a Toledo por el artista se observan distintas tendencias que van desde el impresionismo al post-impresionismo, pasando por el realismo paisajístico. Actúa como un impresionista cuando se deja llevar por el interés de los cambios de luz en un mismo paisaje, y su toque es menudo, suelto y yuxtapuesto; para encontrar, en otros ejemplos, el sintetismo propio de un Gauguin en cuanto a la mancha de color y a la pincelada: sus tonos se oscurecen, aproximándose a la sensibilidad de los post-impresionistas y a los planos de color propios de algunos artistas post-impresionistas, llegando a alcanzar, en ocasiones, la violencia cromática de un Van Gogh. Esta oscilación va a ser muy característica en las obras que constituyen la colección de Santa Cruz.

En pocas palabras, su guía y su norte fueron los constantes descubrimientos técnicos y cromáticos, no exentos, a veces, de preocupación por el logro requerido. No hay que olvidar lo que Toledo supuso en la obra de Kratochwil: un paisaje duro, fuerte, de contrastes y de enormes rocas desnudas, muy difícil de captar y de reproducir. Si a ello añadimos que este trabajo se lo planteaba un pintor que venía de otras latitudes, acostumbrado a otra luz y a otra dulzura de la naturaleza, es fácil comprender la honda lucha que su espíritu y su obra mantuvieron hasta lograr interpretar lo que él quería.

En cuanto a la temática de la pintura al óleo, se dan: el paisaje abierto, el paisaje urbano, el argumento social vinculado al paisaje, tal como los temas de gitanos, la figura aislada. . . En las composiciones de figura, muestra un uso vigoroso de la pincelada y una captación psicológica del retratado, sobre todo en las que representan a figuras de anciano. Muy diferente es el caso del *Retrato de niña*, con una técnica tan distinta y una atmósfera como de ensoñación, lejos de los vigorosos ancianos.



Toledo después del crepúsculo, óleo sobre lienzo.

Para este pintor polaco, el color ha sido la base sobre la que ha construido su lenguaje; por medio de él ha sabido expresar el mundo interior que encerraba cada objeto, cada paisaje o cada figura. En la expresión de esta realidad, no está nunca ausente la vivencia dramática de la existencia humana; claro ejemplo de ello pueden ser obras tales como *Familia gitana*, *El carroñato de los gitanos* y algunas aguadas que expresan igualmente la dureza de la existencia.

En la obra a la aguada, Kratochwil se aproxima a un expresionismo, muy patente en la intensidad de los negros. La técnica que utiliza en las aguadas es a base de tinta china negra, más o menos diluida con agua. El vehículo empleado es el pincel, por lo que consigue un toque suelto y un estudio rápido, de gran efecto pictórico, de mancha. Juega con los negros, los grises y los blancos (dejando amplias zonas del papel al descubierto).

Del mismo modo que en la obra al óleo se pueden distinguir los apacibles paisajes crepusculares de Toledo y las vehementes representaciones de figuras en el paisaje, con un claro mensaje social; así también en la colección de aguadas se dan dos tipos bien definidos y diferenciados entre sí: las que reflejan apuntes de paisaje urbano, tejados, altillos, solanas de Toledo, de mancha clara, ligera, grisácea, desprovistos de angustia; y las que recogen aspectos de duras rocas desoladas a cuyos pies algún vagabundo atraviesa con no menos desolación la escena. En estas últimas es frecuente que la figura se desdibuje, sus rasgos queden desvaídos, mientras que sólo sobresalen algunos puntos del rostro, muy marcados en negro. Resulta casi imposible no volver la vista a Rouault y a Goya.

En algunas de las aguadas se puede reconocer el estudio previo para la obra al óleo; pero, independientemente de ello, la obra de Kratochwil a la aguada se mantiene por sí sola con fuerte personalidad y entidad propia.

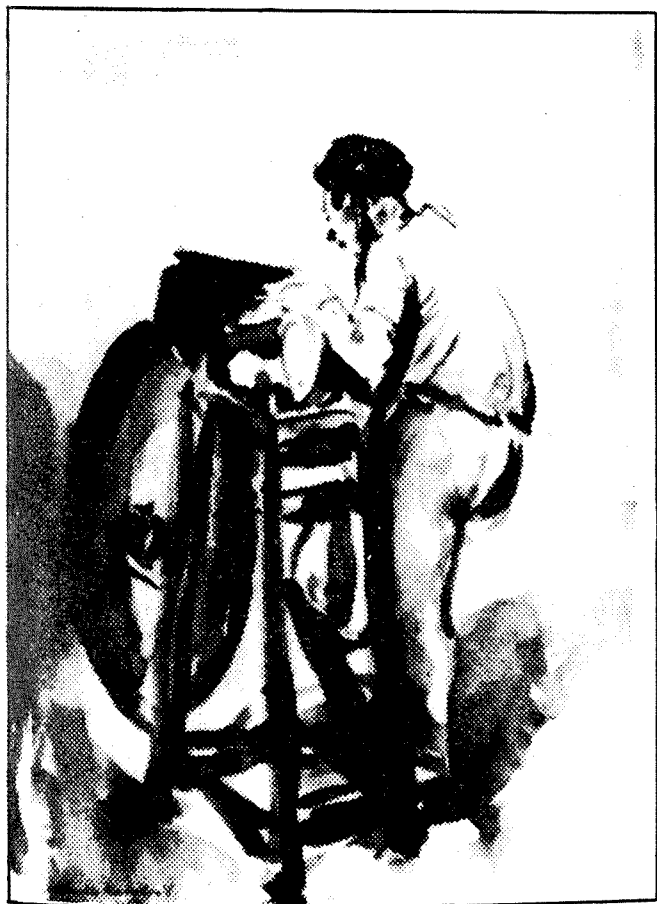


Mi novia de Toledo, aguada.

NOTA.— Recientemente ha ingresado en el Museo de Santa Cruz una nueva donación de seis óleos y seis dibujos del pintor polaco. Los óleos están en la línea de los ya conocidos con anterioridad y los dibujos son de suave difuminado.

María Consolación Pastor

FOTOS: Cortesía Museo de Santa Cruz.



El afilador, aguada.



Callejón toledano, óleo sobre lienzo.



LA AHORRADORA

Dicen que lo normal
es que un niño se parezca
a otro, que los unos
nos parezcamos a los otros.
Pero esta niña que yo fui,
todavía:

ahorra lunas. . .

(En sus ojos habitan peces
que desea;
y en sus pechos, macizos
y redondos, naranjas blancas).

Pilar Alberdi

FOTO : San José

ATARDECER

Para Juana Pastor

Todo es volver, y repetir acaso
lo que otros hombres en su tiempo hicieron:
en esta tarde igual a otras distintas
miro esta encina que miró mi abuelo.
Pienso tal vez en cosas que él pensara
—los hijos, el trabajo y el dinero,
las mujeres y el mar, la vida eterna—
y pongo mi esperanza en los recuerdos.

Todo es igual, todo es volver al punto
al que otros ya volvieron;
soy igual, soy el mismo que miraron
otros atardeceres de Toledo.

Jesús Cobo



MI DICCIONARIO PARTICULAR

BALCARROTAS.— Patillas, porción de barba que se deja sólo en las mejillas un compañero de tertulia con afición al arreglo de huesos.

BALOTADA.— (Del francés *ballotade*) Salto peligroso que pretenden dar algunas personas alzando las patas de tal forma que dejan ver las herraduras, como si fuesen a dar un par de coces.

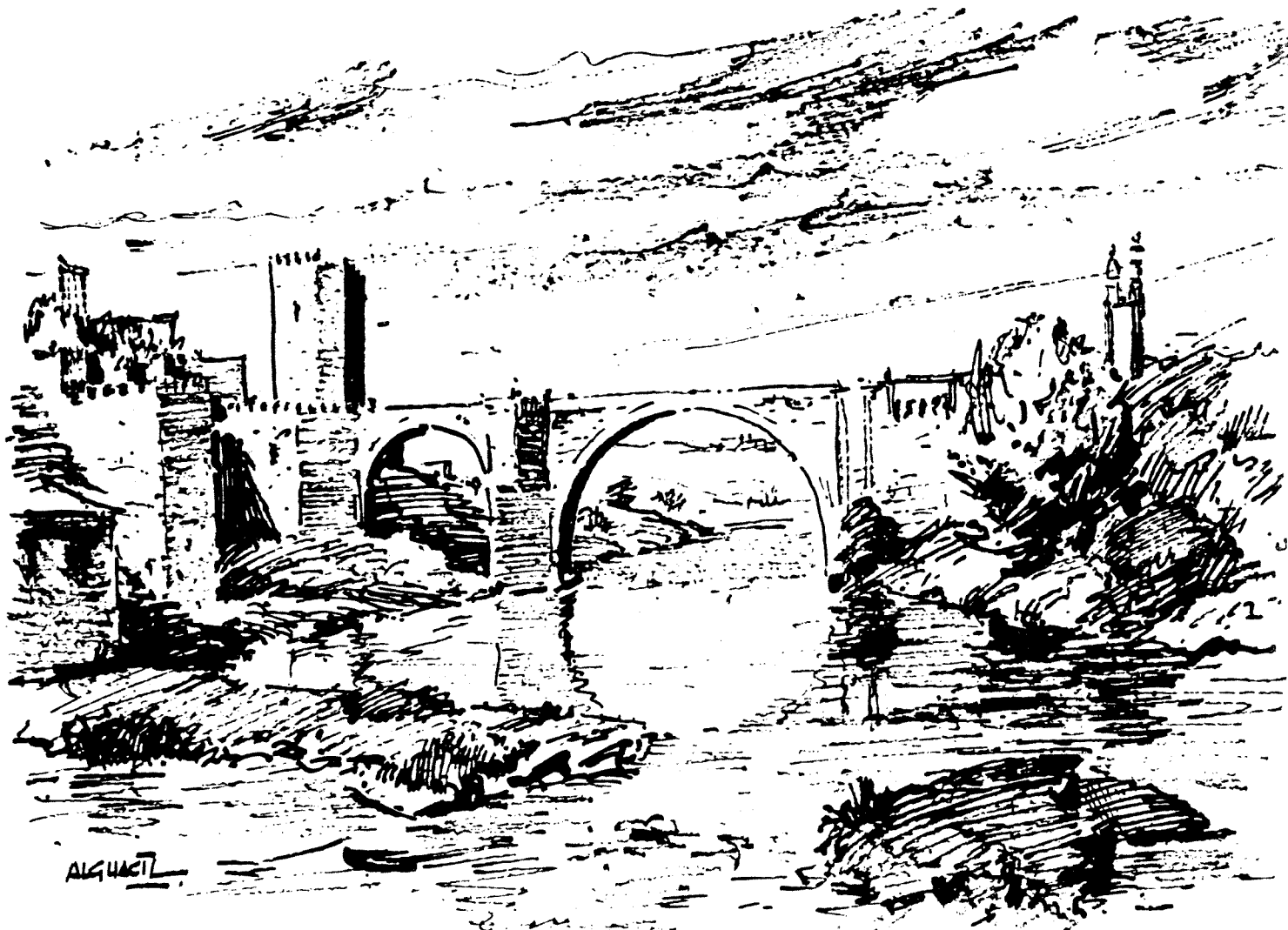
BAMBOLLA.— Cosa fofa, abultada y de poco valor. Boato, fausto, Goethe u ostentación y de más apariencia que realidad, que se da no muy lejos.

BARBITURICO.— (Del latín *barbata* y *úrico*). Dícese del que tiene la barba mezclada con ácido úrico después de la madurez. Suele dar asco.

BARONESA.— Mujer que goza con una baronía o con un varón.

BARRENILLO.— Insecto que ataca a los árboles. En sentido figurado, las personas que horadan con los dientes las cortezas de los árboles o la fama de otras. Es contagioso, por lo que se deben guardar prudentes distancias, vacunarse o fumigar al agente transmisor con un cacharro de "flic" en las narices.

Camilo



DIBUJO: Alguacil

Calandragas

TOLEDO

Suplemento al número 8
Enero 1986

PAPELES DE ARTE, PENSAMIENTO

Y DEMAS COSAS

LA COLOCACION

Obra en un acto

por Antonio MARTINEZ BALLESTEROS

(Premio revista "Modern International Drama", 1971)

En un rincón —izquierda— del escenario, hay una especie de armarito en el que LA MADRE coloca y vuelve a colocar las muñecas que en él tiene como adorno decorativo. No hay otra cosa en el extraño armarito que muñecas, y LA MADRE las cambia de sitio una y otra vez, retrocediendo unos pasos para ver el efecto que hacen en su nuevo sitio. Las cambia de lugar y vuelve a retroceder para mirarlas. Da un suspiro de satisfacción y queda un rato contemplándolas, extasiada. Así la sorprende la entrada del hijo, NIÑO de unos diez años, que entra con una caja de cartón.

NIÑO.— ¡Mamá, mamá! ¡Mira lo que me ha tocado en una tómbola!

LA MADRE.— ¡Otra muñeca?

NIÑO. (*Con alegría*).— ¡Sí, mamá! ¡Ctra muñeca!

LA MADRE. (*Abrazando y besando al NIÑO*).— ¡Tesoro! ¡Alegría de tu madre!
(*Destapando la caja y sacando la muñeca*). ¡Preciosa! ¡Preciosa! ¡Preciosa!...

NIÑO.— ¡Verdad que es mona, mamá?

LA MADRE.— ¡Montísima!

NIÑO.— ¡Dónde la colocaremos, mamá?

LA MADRE.— En el sitio que quede más bonita. (*Probando en un lugar vacío del armarito*). ¡Aquí? (*MADRE e HIJO quedan mirando el efecto*) ¡No! ¡Aquí! (*La cambia de lugar*). ¡Este en su sitio! (*Alejándose un poco*). Cada cosa en su lugar. (*Colocando una silla frente al armarito, al NIÑO*). Tú, siéntate aquí.

NIÑO. (*Obediente*).— Sí, mamá.

(*Se sienta y se levanta de un salto*)

LA MADRE.— ¿Qué te pasa?

NIÑO.— La silla tiene pinchos, mamá.

LA MADRE.— ¡Tonterías! ¡Tienes que acostumbrarte!

NIÑO. (*Resistiéndose*)— ¡Pero, mamá! . . . ¡Yo prefiero sentarme en la butaca!

LA MADRE.— ¡He dicho que te sientes en esa silla! ¡Ese es el sitio que te corresponde! (*Obliga a sentarse al NIÑO, que hace un gesto de dolor al tomar contacto con la silla*). ¡Así, quietecito! ¡Bien colocadito! ¡Cada cosa tiene que estar en el sitio que le corresponde! Las muñecas, en el armario. Tú, en tu sillita. (*EL NIÑO reprime un gesto de dolor*) ¿No lo comprendes, hijito? Si no nos quedáramos cada uno en el sitio que nos corresponde, el mundo sería un caos. Tiene que haber un orden y tú lo comprendes. ¿Verdad que lo comprendes, hijito mío? ¡Dime que lo comprendes!

NIÑO. (*Fastidiadísimo, llevándose la mano al trasero, lastimado por los pinchos de la silla*)— Sí, mamá.

LA MADRE. (*Con una cariñosa carantoña*)— ¿Verdad que te quedarás quietecito en tu sillita?

NIÑO. (*Resistiendo como puede los pinchazos*)— Sí, mamá.

LA MADRE.— ¿Verdad que serás bueno? ¿Verdad que no te sublevarás contra mí para quitarme mi butaquita? ¿Verdad que no quieres que mamá te castigue con el cuarto oscuro?

NIÑO. (*Inquieto en la silla*)— No, mamá. . .

LA MADRE.— ¡Ajajá! ¡Mi niño es un niño bueno que se quedará ahí colocadito, bien seguro en su sillita! Así, ningún peligro le alcanzará a mi niño. (*Se sienta cómodamente en la butaca, contemplando con deleite el armario de las muñecas. EL NIÑO no deja de hacer gestos de dolor. LA MADRE se extasia*) ¡Qué placidez! ¡Qué paz! ¡No hay nada mejor que cada cosa en su lugar! ¡Esto es vivir felices! ¡Disfrutar cada uno del sitio que le corresponde!

NIÑO. (*Sin poderse contener*)— ¡Ay! . . .

LA MADRE. (*Severa*)— ¿Qué es eso, nene?

NIÑO. (*Fastidiado*)— ¿Qué va a ser? ¡El pinch. . .! (*Pero deja cortada la palabra al ver la cara de severidad de su MADRE. Luego, cambiando el tono, esforzándose por sonreír*). El pinchito, mamá, el pinchito. . .

LA MADRE. (*Con cariñosa picardía*)— ¡Ay, cuánto le gusta a mi niño el pinchito! ¿No te dije que terminarías acostumbrándote? ¿Conque ya has empezado a sacarle gusto a los pinchitos en el culín, eh? Pues no abuses, hijito, que tienes toda una vida para seguir pinchándote. Resérvalo. No lo malgastes. Tienes que dejar algo para la vejez.

NIÑO. (*Removiéndose en su silla, incómodo*)— Sí, mamá.

LA MADRE. (*Con gesto de picardía*)— ¡Pero qué pillín, qué pillín es este niño! (*De pronto, fijando su mirada en el armario*). Pero. . . ¿no te ha parecido que una de esas muñecas se ha movido de su sitio?

NIÑO.— No sé, mamá. Yo no he visto nada.

(*Sigue removiéndose, inquieto, en su silla. LA MADRE se levanta y acude al armario a asegurarse de la inmovilidad de las muñecas*)

LA MADRE.— Ninguna debe moverse sin mi voluntad.

(Comienza a cambiarlas de sitio, comprobando una y otra vez su efecto. Así queda ocupada durante un rato. Mientras tanto, entra un JOVEN que se llega hasta la silla del NIÑO, le da un golpecito en el hombro y le dice).

EL JOVEN.— Ahora me toca a mí.

NIÑO. *(Levantándose, aliviado)*— Creí que no ibas a llegar nunca.

EL JOVEN.— Todo llega en este mundo. ¿Duelen mucho?

NIÑO.— ¿El qué?

EL JOVEN.— Los pinchos.

NIÑO.— Ya lo verás. Tienes toda una vida por delante.

(Hace mutis, con un resoplido de alivio. EL JOVEN mira a la silla antes de sentarse. Luego se sienta, con precaución, pero se pincha y vuelve a levantarse. Mira otra vez a la silla. Se sienta de nuevo, con más precaución que antes. Esta vez no se levanta, pero queda inquietísimo, removiéndose continuamente. LA MADRE, después de dejar “bien ordenado” el armario, se vuelve hacia él).

LA MADRE. *(Que ahora parece más vieja)*— ¡Ya está todo en orden! *(Al ver al JOVEN)* ¡Hijito mío! ¡Cuánto has crecido! ¡Hemos sido tan felices que no nos hemos dado cuenta del paso del tiempo! ¡Pero qué alto, qué varonil, qué guapo te has puesto! ¡Qué tal te ha ido en la sillita durante estos últimos años, hijito?

EL JOVEN. *(Siempre inquieto)*— Bien, mamá.

LA MADRE.— ¡Así me gusta! ¡Que te hayas acostumbrado sin una queja al vapuleo de la vida! ¡Qué tal tienes el culito?

EL JOVEN *(Sin estarse quieto en la silla)*— Bien, mamá.

LA MADRE.— ¿Lo ves? Te has endurecido estándote en tu sitio quietecito. Pues si has podido estar tantos años sin moverte de la sillita en que te puso mamá, quiere decir que ya eres un hombre. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

EL JOVEN.— Sí, mamá.

LA MADRE.— Significa que ya estás preparado. En la vida han de darte muchos golpes. Pero con que pongas el culito, no te dolerá. Para eso te ha estado preparando durante tantos años mamáita. ¿Comprendido, hijito?

EL JOVEN.— Comprendido, mamá.

LA MADRE.— Entonces habrá que buscarte una buena colocación. Una cosa segura. Y, cuando lo hayas conseguido, ahí te las den todas.

EL JOVEN.— ¿Dónde, mamá? ¿En el culito?

LA MADRE.— No, hijito, no todo han de ser puntapiés en esta vida. También hay momentos de grandes satisfacciones. He querido decir que cuando tengas una cosa segura, una buena colocación, pues ya te pueden dar en el... Bueno, que podrás reírte de todo el mundo. ¿Comprendes?

EL JOVEN.— Sí, mamá. Nos reiremos de todo el mundo.

LA MADRE.— Entonces hemos de buscarte esa colocación. Ya era hora de que abandonarás tu sillita. *(EL JOVEN se pone en pie, rascándose el trasero. Empieza a desplazarse, junto a su MADRE, hacia la salida, por la izquierda).* No sabes los sudores que me ha costado darte la educación que te he dado. Hora es ya de que recojamos los frutos.

(Mutis. Se ilumina el rincón de la derecha: una mesa entre dos escaleras de mano. Detrás de la mesa está sentado el SEÑOR IMPORTANTE firmando papeles de una manera incansable. Los papeles se los va pasando un VIEJECITO con barba y bigote blancos. Cuando el VIEJECITO termina de pasar los papeles, el SEÑOR IMPORTANTE no se da cuenta de ello y sigue firmando en la mesa).

VIEJECITO.— Se terminaron los papeles, señor.

SEÑOR IMPORTANTE. *(Con mal genio)*— ¡Ya lo sé! ¿Es que cree usted que soy tonto?

VIEJECITO.— No, señor. Pero como sigue usted firmando en la mesa. . .

SEÑOR IMPORTANTE. *(Con un bufido)*— ¿Y por qué no me lo dijo usted antes?

VIEJECITO.— Es lo que estaba haciendo, señor. Por eso. . .

SEÑOR IMPORTANTE. *(Sin dejarle de hablar)*— ¡Usted es un imbécil! ¿Pretende burlarse de mí? ¿Es que quiere que le despidan?

VIEJECITO.— No podrá hacerlo, señor. Mi mamá me educó para poder trabajar en una cosa segura. Por eso estoy aquí. Es una buena colocación.

SEÑOR IMPORTANTE.— Es verdad. Una colocación para toda la vida. Lo mismo que yo. Aquí he perdido todo el pelo de tonto que tenía.

VIEJECITO.— Aquí me han crecido las barbas y el bigote. Aquí moriré cuando llegue la hora. Pero tengo una buena colocación.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Mejor es la mía! ¡Soy el jefe!

VIEJECITO.— Sí, señor. Pero eso no quita para que la mía sea una buena colocación. *(Insistiendo)*. ¡Para toda la vida!

SEÑOR IMPORTANTE.— Sí, sí; no hace falta que me lo repita. Ya sé que no puedo despedirle. ¡Pero puedo decirle que es usted un imbécil!

VIEJECITO.— Sí, señor; eso sí. Para eso es usted el jefe.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Y puedo decirle que es usted un insecto, un escarabajo al que yo puedo pisotear cuando se me antoje! ¡Porque a mí también me lo dicen los que están por encima de mí y me aguantan!

VIEJECITO.— Sí, señor. Puede decirme todo lo que quiera. Y yo le diré que es usted buenísimo conmigo. Y que es usted un hombre muy inteligente. Y muy competente.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Naturalmente! Para eso soy el jefe. Usted está obligado a hacerme un poco la rosca. ¡Insecto!

VIEJECITO.— Sí, señor. Cumpló lo mejor posible.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Pero no se entretenga más, escarabajo! ¡Ya hemos despachado por hoy! ¡Así que vuelva a su puesto! ¡Cada cual debe permanecer en el lugar que le corresponde!

VIEJECITO.— Sí, señor, sí. Así toda la vida. ¡En la línea del deber! *(Hace una reverencia y retrocede unos pasos sin volverle la espalda. Luego llega a una de las escaleras de mano, la más baja, y sube por ella hasta el último peldaño, que está lleno de pinchos. Se sienta en ellos, pero se hace daño y se incorpora un poco, llevándose la mano al trasero)*. ¡Con tantos años y no termina uno acostumbrándose!

(Se sienta con más cuidado. El SEÑOR IMPORTANTE ha estado vigilando la incorporación del VIEJECITO a su puesto. Cuando ha compro-

bado que todo se ha realizado con la mayor normalidad, sube hasta el último peldaño de la escalera más alta y, con sumo cuidado, se sienta sobre los pinchos. Uno y otro permanecen quietos en sus sitios, inmóviles, como estatuas. Pasados unos segundos, entran LA MADRE y EL JOVEN hijo, que se detienen ante la escalera del VIEJO).

LA MADRE. (*Señalando arriba*)— ¿Lo ves? Este es el señor del que yo te he hablado. ¿Verdad que tiene una buena colocación?

EL JOVEN. (*Admirado*)— Sí, mamá. Está muy bien colocado.

LA MADRE.— Pero desde ahí no le ves bien. Ven aquí. (*Se desplaza unos metros*). De perfil hace más efecto. (*EL JOVEN va a mirar desde donde le indican*)
¿Te das cuenta?

EL JOVEN. (*Con un gesto de asentimiento*)— Sí, mamá. ¡Es que tiene una colocación!

LA MADRE. (*Exagerada*)— ¡Para toda la vida! ¡Esto sí que es una cosa segura!

EL JOEN.— ¡Ya lo creo! ¿Y dices, mamá, que despacha todos los días con el señor importante?

LA MADRE.— ¡Todos los días! (*Señalando a la otra escalera*). Mira, aquél es el señor importante. ¿Ves qué alto está?

EL JOVEN. (*Con un gesto de admiración*)— ¡Jolines! ¡Eso sí que es una buena colocación!

LA MADRE.— ¡Eso es estar bien colocado! ¡Como que es un cargo! ¡Un cargo muy elevado! ¡Tan elevado, que duele el cuello al mirarle!

EL JOVEN.— Oye, mamá. ¿Y no pueden caerse? ¡Porque si se cayeran desde tan alto, se darían un batacazo! . . .

LA MADRE.— ¡No se caen, niño, no se caen! Te aseguro que el que coge un cargo de éstos no le deja escapar tan fácilmente. Por eso te he educado yo y te he endurecido el culito, para conseguirte una colocación de éstas, para toda la vida.

EL JOVEN. (*Siempre pendiente de las escaleras*)— ¿Eso es todo lo que hacen, mamá?

LA MADRE.— ¿Te parece poco? ¿Es que crees tú que unas colocaciones tan buenas como éstas no cuesta trabajo mantenerlas? Mira, mira cómo trabajan. . .

(Señala al VIEJECITO, que, desde lo alto de su escalera, hace una carantoña al SEÑOR IMPORTANTE)

VIEJECITO. (*De una forma cantarina*)— ¡Señor importante! . . . ¡Guapito querido! . . .

(Le hace una señal con la mano, tratando de halagarle. Pero el SEÑOR IMPORTANTE vuelve la cabeza al otro lado y luego repite el mismo gesto, aunque dedicado a otro que se supone fuera).

SEÑOR IMPORANTE.— ¡Señor importansísimo! . . . ¡Hermosito! . . . ¡Cariño! . . .

(Agita los dedos de su mano derecha)

EL JOVEN. (*Mirando hacia afuera*)— ¿A quién dice eso, mamá?

LA MADRE.— ¡Al señor importantísimo! ¿No lo ves? Es ese otro que hay allí. El de la escalera más alta.

(*EL JOVEN se acerca al lateral a mirar. Después vuelve con su MADRE*)

EL JOVEN.— ¡Pero no me digas que hacen eso para conservar las colocaciones! ¿No son para toda la vida?

LA MADRE.— Lo hacen, hijito, porque es su trabajo. Y además, porque, de ese modo, ascienden. Porque has de saber, nenito mío, que aquí no se mueve nadie de su sitio si no se lo ordenan.

(*De pronto empieza a sonar un timbre y, lo mismo el VIEJECITO que el SEÑOR IMPORTANTE, bajan rápidamente de sus escaleras y desaparecen de escena. EL JOVEN queda asombrado.*)

EL JOVEN.— ¿Y ahora, qué ha pasado? ¿No decías que nadie se mueve de su sitio sin que se lo ordenen? ¿Por qué se han ido tan corriendo?

LA MADRE.— Porque es la hora de salir. Y el timbre les da la hora. Están acostumbrados a obedecer a los timbres. (*Suena otra vez el timbre*). Este es el de entrar al trabajo.

(*Entra el SEÑOR IMPORTANTE muy lentamente, sin prisas*)

EL JOVEN.— Ahora no corren tanto. (*El SEÑOR IMPORTANTE se sube a su escalera, sin apresurarse demasiado. Se sienta en el último peldaño y bosteza. Mira a la otra escalera con asombro. EL JOVEN pregunta a su MADRE*) ¿Qué le ha pasado al otro?

LA MADRE.— No lo entiendo.

(*Entra un NIÑO y se dirige a la escalera más alta*)

NIÑO.— ¡Señor importante! ¡Señor importante!

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Dirígete al conserje, niño! ¡Aprende a respetar las normas!

NIÑO.— Perdone, señor importante. Es que le traigo un recado del señor que se coloca en esa escalera.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Qué recado es ése?

NIÑO.— Que no puede venir a trabajar.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Cómo que no puede venir? ¡Eso no puede ser! (*Severísimamente*) ¿Por qué no puede venir?

NIÑO.— Porque se ha muerto.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Cómo?

NIÑO.— Sí, señor. Acaba de morir.

SEÑOR IMPORTANTE.— Bueno, eso es otra cosa. Ve a decirle que no se preocupe. Que, siendo así, podremos pasar sin él. Bueno, no le digas nada, porque no se enterará ya, el pobre. (*Cambiando de tono, con curiosidad*) Y dime, niño, ¿cómo ha ocurrido?

NIÑO.— Pues verá, señor importante. Mi mamá dice que estaba muerto ya hace mucho tiempo. Pero el caso es que hasta hoy ha podido andar. Hoy ha sido cuando se ha caído al suelo y. . . Nada, que se acabó.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Eso es todo?

NIÑO.— Sí, señor. Pero antes de quedarse quieto para siempre, me dijo: Ve a decirle al

señor importante que no puedo ir porque me he muerto. Que sepa que he cumplido con mi deber hasta el último momento.

SEÑOR IMPORTANTE. Muy bien, muy bien. Puedes marcharte. Ya le mandaremos una corona. *(Mutis del NIÑO. El SEÑOR IMPORTANTE queda pensativo)*
¡Hay que ver! ¡Con lo bien colocadito que estaba en esa escalera! ¡Con lo bien colocadito que sabía ponerse, el pobre, sentadito en los pinchos y sin quejarse del culín! *(Con un suspiro)* ¡Pero qué se le va a hacer! ¡Que nos espere muchos años!

LA MADRE.— ¡Amén!

SEÑOR IMPORTANTE. *(Mirando hacia abajo)*— ¿Quién anda por ahí?

LA MADRE.— Soy yo, señor importante. Que, enterada de que se ha producido una vacante en esta escalera, le traigo un sustituto.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Un sustituto? ¿Quién es?

LA MADRE.— Este mocito que viene conmigo. Mi querido hijito.

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Y no sabe usted que un puesto tan elevado como el de esa escalera necesita una preparación?

LA MADRE.— Es que el niño la tiene. Toda la vida la he sacrificado para darle una educación.

SEÑOR IMPORTANTE.— No es bastante. Tendrá que sufrir una prueba.

LA MADRE.— Viene dispuesto a sufrirla. Y le advierto que mi niño está hecho un hombrecito.

SEÑOR IMPORTANTE.— Un momento. Le examinaremos. *(Baja la escalera y le dice al JOVEN)* ¿Preparado, niño?

LA MADRE.— Dile que sí a todo, hijito. Como te ha enseñado mamá.

EL JOVEN. *(Poniéndose firme ante el SEÑOR IMPORTANTE)* Sí, señor.

SEÑOR IMPORTANTE.— Veamos. Saludo por delante. *(EL JOVEN hace una reverencia y vuelve a enderezarse)*. Saludo por detrás.

(EL JOVEN se vuelve de espaldas y repite la reverencia, ofreciendo, al agacharse, su trasero al SEÑOR IMPORTANTE, que le propina un tremendo puntapié que le hace caer al suelo).

LA MADRE. *(Animando al hijo)*— ¡Levanta, niño, levanta!

(EL JOVEN se pone en pie frente al SEÑOR IMPORTANTE, que pregunta)

SEÑOR IMPORTANTE.— ¿Duele?

EL JOVEN. *(Forzando una sonrisa)*— ¡Qué va! No, señor.

SEÑOR IMPORTANTE. *(A LA MADRE, solemne)*— ¡Señora! ¡Su hijo ha sido admitido! Ya puede presumir de que tiene una buena colocación. Una colocación para toda la vida. Así es que. . . ¡enhorabuena!

(Le estrecha una mano)

LA MADRE *(Emocionada)*— Muchas gracias, señor importante. Al fin he visto realizados mis deseos de toda la vida. ¡Ya puedo morir tranquila! ¡Dejo a mi hijo muy bien colocado!

(Y cae al suelo, muerta)

EL JOVEN.— ¡Mamá! *(Hace un movimiento para agacharse a auxiliar a su MADRE, pero en seguida recuerda al SEÑOR IMPORTANTE y se incorpora)*. Perdone, señor importante. ¿Cuento con su permiso?

SEÑOR IMPORTANTE. *(Benevolente)*— Sí, muchacho, sí. Vaya a enterrar a su querida mamá y vuelva a tomar posesión de su importante escalera.

EL JOVEN.— Muy agradecido, señor. Es usted muy bueno y comprensivo.

SEÑOR IMPORTANTE. *(Con aires de benefactor)*— Ya lo sabía, pero no tiene nada que agradecerme. Yo mismo presidiré su duelo. Si no le importa.

EL JOVEN. *(Hinchado)*— Es un honor para mí, señor importante. No encuentro palabras para agradecerle. . .

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡No diga tonterías y adelante! ¡No perdamos más el tiempo!

EL JOVEN.— Como usted diga, señor.

(Recoge en brazos el cuerpo de su MADRE. El SEÑOR IMPORTANTE se acerca a su mesa a recoger un sombrero de copa que se encasqueta en la testa. Empieza a oírse una marcha fúnebre. EL JOVEN, con su MADRE en brazos, sale de escena, marcando los pasos, lentamente. Detrás de él hace mutis el SEÑOR IMPORTANTE, muy solemne. Escena vacía unos instantes. De pronto empieza a sonar el timbre. Silenciosamente, vuelven a entrar EL JOVEN y el SEÑOR IMPORTANTE. Suben a sus respectivas escaleras y se sientan en los últimos peldaños. El SEÑOR IMPORTANTE lo hace con toda normalidad, como si los pinchos le hubiesen ya hecho callos en el trasero. El JOVEN se remueve inquieto, llevándose la mano de vez en cuando al sitio dolorido).

SEÑOR IMPORTANTE. *(Severo)*— ¿Es que no se encuentra a gusto en su nuevo puesto, joven imberbe?

EL JOVEN. *(Forzando una sonrisa)*— Sí, sí, señor. ¡No faltaba más! ¡Estoy contentísimo!

SEÑOR IMPORTANTE.— ¡Mejor será así! ¡Porque la falta de agradecimiento es el peor de los vicios!

EL JOVEN.— Estoy de acuerdo con usted, señor.

(Y se remueve en su sitio cuando cree no ser visto. Silencio. Entran LA MADRE y el NIÑO)

LA MADRE. *(Al NIÑO, señalándole las escaleras)*— ¿Te das cuenta? ¡Esos señores sí que están bien colocados!

NIÑO.— Sí, mamá. Ya sé lo que es una buena colocación.

LA MADRE.— Pues no lo olvides. Y, mientras llegas a hacerte un hombrecito, tendrás que ayudarme a ordenar el armarito de las muñecas. Porque en este mundo, hijo mío, cada cosa debe estar en su lugar. Todo bien colocadito, mi nenito, bien colocadito y así todo podrá marchar perfectamente. . .

(Se dirigen al armarito de las muñecas. Los otros continúan en sus escaleras para toda la vida).

TELON